



La cobija

Tercera parte



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 4

La cobija

Tercera parte

Este relato pal desolvido se deriva del informe
«Qué le digo yo. No se sabía qué dolía más».
Daños y afectaciones psicosociales y recursos de
afrentamiento en víctimas y sobrevivientes
de violencia paramilitar, publicado por
el CNMH en 2024.



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 4

La cobija

Tercera parte

Colección • Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

**Centro Nacional de Memoria
Histórica**

María Gaitán Valencia
Directora general

Carlos Mario López Rojas
**Director técnico de la Dirección
de Acuerdos de la Verdad (DAV)**

Natalia Escobar Sabogal
**Línea metodológica y conceptual
Apropiación Social de la Verdad
Histórica de la DAV**

Juan Biermann López
Investigación y redacción

Leonardo Parra Puentes
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vannezza Escobar Behar
Lina Margarita Perea Mojica
**Apoyo y acompañamiento a la
revisión técnica**

Daniel Fernando Polanía Castro
**Profesional especializado Estrategia
de Comunicaciones**

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Angie Sánchez Wilchez
Bibiana Alarcón Guerrero
Liz Castro Castro
Corrección de estilo

Primera edición: diciembre 2025

Número de páginas: 36
Formato digital: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7792-62-3
ISBN digital: 978-628-7792-76-0
ISBN colección impreso:
978-628-7792-55-5
ISBN colección digital:
978-628-7792-69-2
Imprenta Nacional de Colombia
Impreso en Colombia - Printed in
Colombia
Queda hecho el depósito legal

© **Centro Nacional de Memoria
Histórica**
Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: (601) 7965060
comunicaciones@cnmh.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:
Centro Nacional de Memoria Histórica.
(2025). *La cobija. Tercera parte*. CNMH.

Los nombres de todos los personajes
que protagonizan estos Relatos pal
Desolvido son ficticios.

Este libro es de carácter público.
Puede ser reproducido, copiado,
distribuido y divulgado, siempre y
cuando no se altere su contenido, se
cite la fuente o, en cualquier caso,
se disponga la autorización del
Centro Nacional de Memoria Histórica



Centro Nacional de Memoria Histórica

La cobija. Tercera parte / investigación y redacción Juan Biermann López ; diseño, diagramación e ilustración, Leonardo Parra Puentes ; línea metodológica y conceptual Natalia Escobar Sabogal ; edición Linda Carolina Rodríguez. -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia : CNMH, 2025. -- (Colección Relatos pal Desolvido. Narrativas de la Verdad Histórica; relato n.º 4).

36 páginas : ilustraciones.

ISBN impreso: 978-628-7792-62-3

ISBN digital: 978-628-7792-76-0

ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5

ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI 2. Novelas gráficas colombianas 3. Literatura colombiana 4. Víctimas del conflicto armado 5. Paramilitares - Colombia 6. Daño emocional I. Biermann López, Juan, investigador II. Rodríguez Tocarruncho, Linda Carolina, editora III. Centro Nacional de Memoria Histórica IV. Título V. Serie.

CDD: 863.44

CO-BoCMH



I

El abuelo se convirtió en el primer paciente habitual de su nieta, Yénifer «Yiyi» Tamayo, estudiante aún de enfermería. La salud del hombre se había ido deteriorando lenta pero tercamente.

Yiyi, con 22 años, visitaba 3 o 4 veces por semana a su abuelo; y, una vez de esas 3 o 4, almorzaba con él y se quedaba un rato escuchándole sus historias de tiempos pasados.

Fue en una de aquellas tardes que Yiyi escuchó hablar por primera vez de su abuela Maritza, madre de su querido padre y de su tía.

—María Victoria es la viva imagen de Maritza; aunque su tía es un poquito más alta y sonríe menos.

—¿Y qué pasó con Maritza?

—¡Ya empezó con la preguntadera! —le reclamó Rómulo.

—Vos fuiste quien la mencionó.

—Cuando me preguntan por ella, digo que se fue con Otro. Pero ese «Otro» se escribe con mayúscula, porque es Dios. Tu abuela fue siempre un alma bendita.

—¿Y cómo pasó?

—Hablemos de otras cosas, Yiyi. Contame más bien cómo te va en los estudios, cómo está tu tía... ¿seguís yendo a bailar?

II

Rómulo Tamayo nació en el municipio tolimense de Herveo, a mediados de 1944. A comienzos de la década de 1960, viajó a Barrancabermeja en busca de trabajo. Allí permaneció unos tres años. No le gustó el clima ni el trato. Se regresó a Herveo, pero no tardó en salir a buscar suerte, primero en Ibagué —donde no halló nada importante— y luego en el vecino departamento de Caldas y su capital Manizales.

Según le contó a Yiyi, allí en Manizales, Rómulo conoció a la mujer más bonita que había visto en la vida. La cortejó durante meses. Ella quedó embarazada. Decidieron huir juntos y fueron recorriendo pueblos del Eje Cafetero.

A finales de 1967 nació José Fernando —Fercho, padre de Yiyi—, y veinte meses más tarde nació María Victoria. Los frecuentes desplazamientos, las extenuantes jornadas y las privaciones propias de la escasez pronto marchitaron el hermoso resplandor de la belleza de Maritza.

Según recuerda, la tía Vicky cree que su mamá murió de tuberculosis; y no olvida que las últimas imágenes que guarda de ella en su memoria le presentan a una mujer muy delgada y pálida, sin brillo en la mirada, con manos lánguidas y hombros caídos. Maritza falleció cuando María Victoria tenía unos seis años y Fercho unos ocho.

Rómulo casi no pudo soportar esta pérdida. Se sumergió en el aguardiente de los cafetines, dejando a sus hijos al cuidado de vecinos, conocidos y amigos, despreocupándose por su alimentación, educación y bienestar; aunque, eso sí, ordenándoles ir cada tanto a la plaza de mercado a buscar los sobrantes.

Tendría Vicky unos doce o trece años cuando su papá les dijo que se iban para Cali, ya que le habían ofrecido un trabajo bien remunerado. Llegaron a la capital vallecaucana durante las ferias de enero de 1982.

En Cali las cosas mejoraron. Rómulo empezó a traer mujeres a la casa, pero ninguna soportó al par de adolescentes curtidos en carencia.

III

Corría el año 2013 cuando la salud de Rómulo empeoró de improviso. Su nieta lo llevó al centro de salud y allí el médico le diagnosticó diabetes tipo 3, lo que significaba que debía despedirse del azúcar y controlar periódicamente sus niveles de glucosa en la sangre para evitar alguna sorpresa mortal.

—Me volví viejo —le dijo Rómulo a su nieta, al salir del consultorio.

—Viejo sos hace mucho —le bromeó Yiyi—, lo novedoso es que te va a tocar empezar a cuidarte.

Desde entonces, Yiyi aprovechaba cada visita para medirle la glucosa en sangre (que en él oscilaba entre uno y dos gramos por cada litro) y, una vez por semana, le aplicaba en el brazo una inyección de insulina, que Rómulo

decía que solo servía para dejarle doliendo desde el hombro hasta la mano.

Poco después, un día en el centro de salud, Yiyi atendió a un señor de la edad de Rómulo y, al pedirle sus datos, se enteró de que él también era de Riofrío y estaba en Cali de paso. Yiyi, emocionada de repente, le preguntó al hombre acerca del pueblo, de su gente, que si había conocido a la familia Tamayo Sánchez. Él contó que el pueblo seguía igual, la gente en sus quehaceres, y que sí, sí la había conocido, aunque en el pueblo ahora quedaba un solo miembro, «un muchacho que volvió muy cambiado de la guerra».

Al escucharlo, a Yiyi casi se le sale el corazón del pecho. Pidió más información, quiso saber si se trataba de su hermano, Jáiver.

El hombre miró a Yiyi detenidamente y asintió:
—Debe ser su hermano, porque se parecen.

IV

Durante algunas semanas, Yiyi nada le comentó a su tía Vicky acerca de la enfermedad diagnosticada a Rómulo ni acerca de la presencia de Jáiver de vuelta en Riofrío. Hasta que un caluroso día de mayo, Yiyi se animó a invitarla a comer helado, como en los viejos tiempos.

Las dos mujeres, cada una con su cono, buscaron la sombra de un árbol y allí Yiyi le dijo a su tía que tenía tres cosas que contarle.

—La primera: tu papá tiene diabetes que, si no sabés, es una enfermedad mortal. No debe consumir azúcar ni panela...

—¿Cuál es la segunda?

—Pérate, Vicky. ¿Vos no pensás hacer las paces con él? Mirá que, si el viejo se come un helado de estos, puede que sea su último.

—¿Y qué gano haciendo las paces con él? Cada quien se labra su camino.

—Tía, no hablés así. Mirá que él te quiere. Además, solo te estoy pidiendo que pasés un día a visitarlo conmigo, almorzamos y ya. No tenés que decirle nada. Es pa que te pueda ver antes de irse.

Yiyi propinó una feroz dentallada a su helado.

—Voy a pensarlo. ¿Cuál es la segunda cosa?

—Como que apareció mi hermano en Riofrío. Un paciente me dijo que lo vio hace poco en el pueblo...

—¡Nada de eso! —la interrumpió Vicky— ¿En qué habíamos quedado? Lo quieto se deja quieto.

—¿Vos alguna vez pusiste el denuncia?

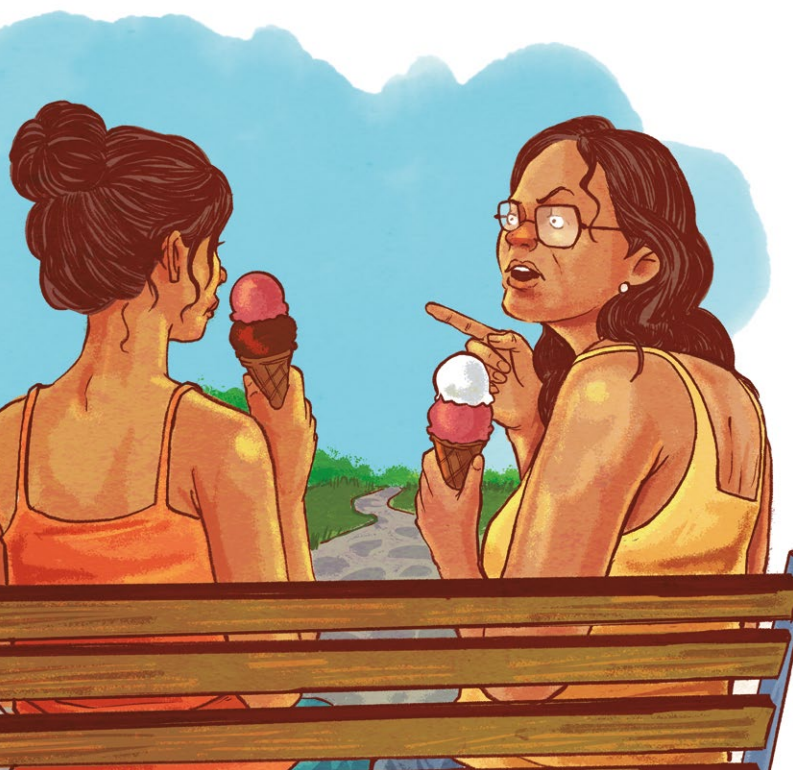
—¿Qué denuncia?

—A tu hermano y a tu cuñada los mataron, y a tu sobrino lo desaparecieron.

—¿Y qué ganamos poniendo el denuncia? Lo que se fue ya no vuelve.

—Pero mi hermano volvió, y voy a buscarlo, así no te parezca.

—Pérate, Yiyi, ni se te ocurra volver al pueblo. Vos no sabés cómo puede estar allá la cosa. Dejá que averigüe primero y te cuento.



V

Cada una se puso a investigar. María Victoria, tras una exhaustiva búsqueda, encontró en una red social el perfil de Remedios. Le escribió preguntándole por el pueblo, su situación y si era cierto que Jáiver había vuelto a aparecer. Días después, obtuvo respuesta: Remedios vivía ahora en España, sabía que el pueblo andaba igual y había escuchado el rumor de que Jáiver había vuelto, sí, pero «con otro nombre».

Por su parte, Yiyi buscó el nombre de su hermano en internet. Halló como cinco «Javier Tamyayo», pero ningún Jáiver. También averiguó cuánto valía el pasaje hasta Riofrío en bus, cuánto tardaba el viaje, qué clima estaba haciendo por allá. Habría buscado más, pero preciso en esos días le duplicaron los turnos en el centro de salud porque una compañera cayó enferma.

Un jueves por la mañana, ya liberada del doble turno, Yiyi organizó su día: primero pasar por el centro de salud, saludar y recoger unas cuantas inyecciones de insulina para su abuelo; luego irlo a visitar — después de casi una semana de no hacerlo —, ponerle la inyección, almorzar con él y, más tarde, en la casa, invitar a su tía a comer helado para avisarle que ese fin de semana saldría rumbo a Riofrío.

Sus planes se desinflaron al llegar a la casa de su abuelo. Tan pronto abrió la puerta, un olor penetrante, como el que despide el quitaesmalte, golpeó su rostro. No tuvo que dar más de dos pasos para ver el cuerpo de su abuelo tirado junto a la mesa del comedor. Su piel parecía de cera y sus ojos habían quedado abiertos.

VI

Al entierro de Rómulo Tamayo no asistió más familiar que su nieta y su hija. Tampoco se aparecieron amigos de vieja data, viudas contritas ni acreedores sedientos. Durante la velación, aprovechando el silencio, las dos mujeres hablaron.

Yiyi le contó que su abuelo le había hablado de Maritza.

—Ella tenía enfermos los pulmones —afirmó la tía Vicky—, pero fue la tristeza la que la mató, por esa vida que su abuelo le dio.

Enterrado el cuerpo, vinieron los trámites. La casa en la que vivía Rómulo no estaba legalizada; pero nadie la reclamaba tampoco, así que podía quedar en manos de las legítimas herederas. El hermano de un médico del centro de

salud era abogado y amablemente le ofreció una asesoría a Yiyi. Le señaló que, faltando escrituras y registro del inmueble, vender esa casa resultaría bastante complicado. Esto se lo hizo saber Yiyi a su tía, que le contestó:

—Podríamos arrendarla, pero antes habría que desinfectarla a fondo.

—¿Y si montamos ahí el restaurante?

VII

Un sábado de noviembre de 2013, a eso de las nueve y media de la mañana, el bus dejó a Yiyi en la carretera, a las afueras del pueblo de Riofrío. Preguntó hacia dónde quedaba la plaza y el ayudante del bus le indicó qué rumbo seguir.

Con la mochila al hombro, tras caminar casi diez minutos, Yiyi reconoció la punta del techo a dos aguas de la iglesia. En su recorrido, eso fue lo único capaz de identificar, ya que todo lo demás —las casas y sus fachadas, los árboles y la gente con que se cruzaba— le pareció tan cambiado que lo consideró desconocido.

Pocos pasos más tarde, Yiyi sintió algo extraño: a cada paso, los techos de las casas a su alrededor parecían ganar unos centímetros de altura; y la mochila que llevaba, igualmente, le resultaba unos cuantos gramos más pesada.

Siguió caminando sin detenerse ante tal inesperada sensación creciente y, al llegar finalmente a la plaza, no solo se sentía rodeada de casas gigantescas llevando una mochila llena de rocas basálticas, sino también los sudores la inundaron y la respiración perdió su ritmo. En sus ojos el panorama se nubló, mezclándose lo que veía con imágenes de un pasado que luchaba por desenterrarse.

Alcanzó Yiyi a llegar hasta el banco en el que, unos quince años atrás, compartió con su hermano antes de separarse. Una vez sentada, sobrevino el llanto como diluvio bíblico, con la fuerza de una represa cuyo dique ha volado por los aires.

Su llanto desconsolado atrajo la atención de una mujer mayor que regresaba a casa tras vender los tintos de la mañana.

—Mi amor, ¿qué le pasa? —preguntó olvidando su carrito lleno de termos, acercándose a Yiyi— ¿Quién me le rompió el corazón?

Viendo que no reaccionaba ante sus palabras, la señora se sentó junto a la joven, le pasó el brazo sobre los hombros y, al notar que el cuerpo de la

joven se cobijaba en el abrazo ofrecido, acarició su pelo, su cabeza tiritante por el llanto, como la madre que consuela una hija.

Lloró Yiyi sobre el hombro brindado hasta humedecerlo. Tras varios intentos, logró articular palabra:

—Vengo buscando a mi hermano.

La señora le ofreció agua, Yiyi bebió algunos sorbos y repitió, en su orden, las cinco palabras dichas.

—Péreme, hija, yo hago memoria —musitó la señora—. ¡Ah! ¡Ya creo que me acuerdo! Vamos pa la casa, mi amor, vamos —y tomándola amorosamente del brazo consiguió que Yiyi, mochila al hombro, siguiera sus pasos.



VIII

Yiyi almorzó con la señora de los tintos —de nombre Clara, Clarita para los amigos— y se dejó llevar por ella hasta una peluquería cercana, donde dijo que hallarían a Jáiver.

La señora la acompañó hasta la puerta de la peluquería y, una vez allí, le dijo que debía pasar por la tienda. Añadió que, por si la necesitaba, ya sabía dónde quedaba su casa. Yiyi le agradeció, entró y vio a una mujer y a un hombre. Preguntó cuánto costaba que le cepillaran el pelo.

La mirada de Yiyi se detuvo en los pies de aquel hombre, cuyas uñas —visibles por andar en chanclas— lucían colores diversos. No se aguantó y dijo:

—A esas uñas les falta mano.

Tras mirarse las uñas pintadas de sus pies, respondió:

—Tenés razón, hija, pero es que ando corriendo y ni tiempo me queda pa cuidarme. Vos no sabés la cantidad de cosas que hay que hacer pa mantener este negocio en pie.

—¿Cuánto llevás con este negocio?

—No llevo ni un año y ya me parece una eternidad. Pero sentate, mi amor, dejá que te mire ese pelo pa saber cuánto me cuesta dejártelo como el de una reina.

Sentada, con el gran mameluco puesto, Yiyi dejó que le humedecieran la cabeza y sintió el rastrillo del cepillo allanando su crespita melena.

—Una pregunta: ¿vos sabés si por aquí frecuenta alguien llamado Jáiver Tamayo? Es que lo vengo buscando.

—¿Jáiver? Qué nombre tan feo. Yo me llamo Juli.

—¿Habés escuchado de él?

—Ay, mi amor, yo escucho muchos nombres a diario. ¿Pa qué lo estás buscando?

—Soy su hermana.

Al escuchar su respuesta, le anunció a la mujer con la que trabajaba que la jornada había terminado. Le agradeció y cerró la puerta con seguro una vez la vio salir.

—¿Qué pasó? —preguntó Yiyi al ver tal reacción.

Juli se la quedó mirando con fijeza y sus ojos se encharcaron.

—¡Ay, mi amor! —retomó Juli— *¿Qué le digo yo?* Este pueblo es de cuidado, aquí hasta las piedras oyen.

—No entiendo —habló Yiyi quitándose el mameluco—. ¿Por qué cerrás con llave?

—Yo conocí a tu hermano, Yiyi. A él lo reclutó jovencito el mismo grupo que le mató los papás. Y allí él tuvo que hacerse hombre y, tanto se empeñó, que terminaron gustándole...

—No entiendo nada. ¿Por qué sabés cómo me llamo? ¿Dónde está mi hermano?

—Dicen que está muy cambiado —continuó, mirando al piso—, que ni la hermana al verlo lo reconocería.



IX

Yiyi regresó a Cali la tarde del domingo, tras pernoctar en casa de Juli. Casi no durmieron. Pasaron la noche hablando, riendo, llorando, volviéndose a abrazar. Yiyi entendió por qué Jáiver cambió de nombre y se dedicó a la única profesión que le permitían ejercer. Nadie como él rasuraba las cabezas de los hombres que, mientras los peluqueaba, se le burlaban por su opción.

Yiyi le habló de la tía Vicky, del abuelo Rómulo y su reciente muerte, y del plan de montar un restaurante en la casa que el viejo había dejado.

—¿Sabés cocinar? —le preguntó Yiyi.

—Preguntás eso porque no has probado mi sazón.

—Venite pa Cali y nos ayudás.

—Todavía estoy debiendo plata por acá...

Yiyi le dejó su número y le tomó el suyo.

—Te llamo el próximo sábado —adelantó Yiyi.

—Si no te llamo yo antes.

X

Juli llegó a Cali poco antes de comenzar las ferias de enero de 2014. En el terminal llamó a Yiyi, le pidió la dirección. En menos de una hora, Rosalbita, Vicky, Yiyi y Juli comían en la misma mesa.

—Pero entonces —dijo la tía Vicky en medio de la conversación del almuerzo—, a vos te gustan los hombres, ¿cierto?

—Igual que a ti, tía —respondió Juli.

—Yo no sé... Creo que es mejor que la gente no sepa que en el restaurante trabaja un marica.

—Está bien —concedió Juli—, la gente no se va a enterar de que el chef tiene paladar de mujer.

—Tía —intervino Yiyi—, dejá de poner tanto pereque. Esta semana tenemos cita con el abogado pa que nos aclare si podemos o no montar el restaurante. Además, tenemos que levantarnos la plata con qué remodelar siquiera el baño del primero piso y la cocina.

—¿Y cómo tienen pensao ponerle al restaurante? —inquirió Juli.

—Podría ser «Donde Rómulo» —respondió la tía Vicky.

—¡¿Cómo se te ocurre?! —exclamó Yiyi—. Busquemos otro nombre. Por ejemplo, ¿qué tal «Restaurante La Cobija. Sabores que abrigan»?

XI

Mientras arreglaban la casa del abuelo, Yiyi encontró una baldosa floja junto a la cama. La levantó y grande fue su sorpresa al descubrir una caletica que escondía dos fajos de billetes enrollados, atados con un caucho. Ese dinero alcanzó para avanzar en la remodelación y comprar algunas ollas, platos y cubiertos, además de dos mesas con sus sillas.

Los clientes, al correrse la voz de la buena mano del chef, no faltaron; el restaurante permanecía lleno a la hora del almuerzo. Yiyi tuvo que faltar al centro de salud y la tía Vicky a la panadería. Rosalbita y Juli no tardaron en hacerse amigos.

Aprovechando el abogado, Yiyi le preguntó por la denuncia por el asesinato de sus padres.

¿A quién demandar? ¿Al Estado, a las Fuerzas Armadas, a los grupos paramilitares ya desmovilizados?

El abogado fue honesto y puntual:

—Depende de las pruebas. ¿Hay cadáveres? ¿Hay testimonios?

—Yo podría hablar, contar lo que vi —afirmó Juli—; sé hasta dónde quedaron enterrados, pero necesito protección.

XII

Pese a la frecuente clientela y a todo el trabajo que entre las cuatro sumaron, el restaurante daba escasamente para mantener el negocio andando. No alcanzó para que el abogado asesorara la denuncia que finalmente pusieron.

Salieron Yiyi y Juli de la fiscalía seccional, luego de poner la denuncia, y Juli invitó los helados.

—«Actores armados ilegales» —dijo resoplando Juli—, pudiendo yo haber dado los nombres de quienes cometieron los crímenes.

—Lo importante es que ya no son ene ene. Habrá que esperar a que la justicia actúe.

—¡Ay, mi amor! —exclamó Juli— Primero me reconocen mi nuevo nombre.



Si quieres leer y conocer más sobre este informe, escanea con tu celular el siguiente código QR:



O ingresa al siguiente enlace:



<https://centrodememoriahistorica.gov.co/que-le-digo-yo-ya-no-se-sabia-que-doliamas/>



Narrativas de la Verdad Histórica

Este libro se terminó de imprimir
en la Imprenta Nacional de Colombia
en diciembre de 2025.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon las familias
tipográficas Noto Serif y Georama



En la tercera y última parte de esta historia, antes de partir el abuelo tiene cosas que contarle a Yiyi. Eso quizás afloje la tensión con Vicky y sirva en caso de que Jáiver reaparezca.
